

una vida de holganza, se permitirán millares de mentiras para engañarles.» Otros misioneros protestantes se enriquecieron en China vendiendo opio á los naturales, á pesar de estar severamente prohibido; y casi todos, más que al Evangelio, se dedican á ocupaciones lucrativas. Varias veces han resonado en las cámaras inglesas amargas quejas sobre la conducta y escándalos de los misioneros, especialmente cuando se vieron obligados á dar una ley declarando sin validez los títulos de propiedad de las inmensas tierras compradas por aquéllos á los indígenas á cambio de algunas hachas, fusiles, mantas y otras bagatelas.

Después de esto no es extraño que dichas misiones no hayan producido ningun fruto, y se creará sin dificultad que no son exagerados los testimonios de los que así lo dicen.

Respecto á la China, decía en 1855 el secretario de una de las sociedades de las misiones de Londres: «El misionero protestante ha trabajado por espacio de largos y penosos años en este pueblo, sin lograr recoger un solo fruto de sus trabajos.» «El número total de los misioneros protestantes en China, escribía en 1860 Mr. Scarth, es probablemente mayor que el de los neófitos no asalariados.» Por último, el Dr. Grant revelaba á la universidad de Oxford, que las tentativas de las sectas protestantes para evangelizar la China han fracasado de una manera deplorable» (1).

Lo mismo ha sucedido en la India. Con referencia al año 1809 decía un celoso anglicano: «Después de cerca de un siglo, los misioneros en las Indias no han logrado hacer ninguna conversion importante, ni ganado tantas familias cuantas allí tienen ellos.» Mr. Campbell escribía en 1852: «Es preciso convenir en que han fracasado por completo los ensayos hechos para convertir á los indios.» Según refería *El Times* de 29 de Setiembre de 1858, sir Tomás Brooke, gobernador de Borneo, decía á las sociedades de las misiones en Inglaterra: «Con los mahometanos no habeis ade-

(1) Citados por Rubió y Ors, paral. 2.º, cuad. 2.º, pág. 81.

lantado nada: ningun progreso habeis hecho con los indios: os hallais en la misma situacion *que el primer dia que vinisteis á la India*» (1). Teniendo presente que los pocos que abrazan el cristianismo, lo hacen tan solo con el objeto de obtener algun empleo ó socorros materiales, y despues son un motivo de escándalo. «Es para mí evidente, escribía en 1862 el reverendo Mr. Davidson, que entre los que manifiestan deseos de recibir el bautismo, la mayor parte lo hacen por motivos poco honrosos» (2).

El mismo resultado han producido las misiones protestantes de la América, de la Australia, del Africa y de otros países en todo el mundo, como demuestra el Sr. Wissemann con testimonios de los mismos misioneros. Esto hacía exclamar á Mr. Malcolm: «Hay algo de inexplicable en la esterilidad de las misiones protestantes. Hasta el presente, la mayor parte de los trabajos de nuestros misioneros no han sido más que preparatorios.» Nosotros explicamos perfectamente esa esterilidad con aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *No puede el árbol malo llevar buenos frutos* (3); *porque el árbol es conocido por su fruto* (4). El mismo escritor se ve obligado á confesar, «que los misioneros católicos, con escasísimos recursos, han logrado un gran número de conversiones, y que su culto se ha hecho popular, y atrae en todas partes la atención del público.» ¡Cuán elocuentes son estos hechos para todo hombre de buena fe!

Ahora, pues, si con tantos recursos y circunstancias tan favorables nada han hecho las misiones protestantes, ¿qué será el día en que aquéllos les falten por completo? Y ese día no está lejano, desde que cien autoridades irrecusables han venido á desmentir los relatos interesados de los misioneros, y su escandaloso comportamiento se ha denunciado en las cámaras y en los periódicos. Entónces el pro-

(1) Ib., cuad. 1.º, págs. 41 y siguientes.

(2) Ib. pág. 45.

(3) Math., VII, 18.

(4) Ib. XII, 33.

testantismo desaparecerá con la más vergonzosa consunción. Ese día, dice el escritor citado, estará de enhorabuena la civilización y aún la humanidad.

Al lado de las sociedades de misiones se fundaron las SOCIEDADES BÍBLICAS, destinadas á propagar las Santas Escrituras en todas las lenguas, y que obran de concierto con las primeras. «Las sociedades bíblicas y las asociaciones de los misioneros protestantes, decía en 1833 el *Monthly Review*, hace más de treinta años que han empezado sus trabajos. Han reunido y gastado más rentas que un príncipe, y tienen agentes en todas partes del globo. Las islas más apartadas de los mares del Sud, del Océano Pacífico y de los mares de la India, han sido visitadas por sus enviados. Los hemos oído proclamar mil veces, no solamente que la idolatría estaba destruida en las islas pequeñas, sino que aún la Tartaria, la Persia y la India estaban á punto de ceder á los esfuerzos de los misioneros y abrazar la religión de la cruz... La sociedad bíblica de Lóndres tiene solamente en Inglaterra 629 sociedades auxiliares que trabajan bajo su dirección; y hay otras muchas semejantes en París, Lyon, Tolosa y otros muchos puntos de Francia, así como también en las principales capitales de Europa y América.»

Perrone nos da una idea de la asombrosa actividad que emplean estas sociedades. «Se estableció la sociedad, dice, en 1804, y desde esta fecha al 1840, ó sea en el espacio de treinta y seis años, distribuyó *doce millones* de ejemplares de la Biblia, traducidos á 148 idiomas. En el año 1838 recaudaron estas sociedades, solo en Inglaterra, 846.316 libras esterlinas, que equivalen á unos 80 millones de reales; y los ingresos en el resto del mundo subieron á 1.600.000 libras esterlinas, ó sea unos 150 millones de reales. En 1839 contaba la sociedad con *cinco mil* misioneros, *cincuenta* imprentas, *trescientos* coadjutores y maestros y centenares de ministros indígenas.»

Tan colosales sacrificios, léjos de producir fruto alguno saludable, han causado gravísimos daños. Inundado el mundo de versiones infieles, mutiladas y llenas de errores gra-

ves, y constituyendo á los simples fieles, y aún á los paganos, en jueces supremos del sentido de los libros santos, han convertido en gérmen de errores y de corrupción esas páginas enviadas del Cielo para luz de los entendimientos y santificación de las almas (1). Además exponen la Biblia á la profanación y al desprecio de los infieles, retardando así su conversión, en lugar de promoverla, pues sabido es que aquéllos la destinan á usos profanos y aún indignos, y se burlan de muchas cosas que chocan con sus viejas preocupaciones. Y algunas veces han sido causa de persecuciones contra los cristianos, como sucedió en la China por haber abandonado en la orilla del mar multitud de ejemplares vertidos al idioma de aquel país.

Con razón, pues, han condenado repetidas veces los Romanos Pontífices estas sociedades, manifestando sus verdaderos propósitos, que son hacer la guerra á la Iglesia católica, como claramente han confesado muchos de sus miembros. Los Papas, celosos de la pureza de las Sagradas Escrituras y del respeto que merecen, han calificado á las sociedades bíblicas con el nombre de *pestes* (2), atendiendo á los funestos efectos que han producido. Ellas son para las almas lo que es la peste para los cuerpos.

Pero no es extraño que las hayan condenado los Romanos Pontífices, cuando los mismos protestantes las han combatido como inútiles y perjudiciales. En un folleto titulado *Razones por las que no soy miembro de la sociedad bibli-*

(1) Por manera, dice el Papa Gregorio XVI en su Encíclica de 8 de Mayo de 1844, que como ya en su tiempo se lamentaba San Jerónimo, hacen comun el arte de entender las Sagradas Escrituras á la *habladora vieja, al anciano chicho, al palabrero sofista y á todos*, de cualquiera condición que sean, con tal que sepan leer, y lo que es aún más absurdo y casi inaudito, ni aún á los infieles se niega esa comun inteligencia de los libros divinos.

(2) Las *sociedades bíblicas* han sido condenadas por todos los Pontífices que ha habido desde su origen. El nombre de *pestes* se lo aplicaron Pio VII en su Breve de 29 de Junio de 1816, Leon XII en su Encíclica de 3 de Mayo de 1824, y recientemente Pio IX en el párrafo 4.º del *Syllabus*.

ca, M. Arturo Perceval hacía revista de las traducciones de la Biblia hechas en Europa y Asia, y declaraba que contienen errores tan groseros y herejías tan monstruosas, que son capaces de alarmar todas las conciencias, aunque sean poco timoratas. En su indignación contra los innobles autores de estas traducciones, que habían ya costado á la sociedad muchos millones, exclamaba: «Sepan, pues, ya los pobres engañados de Inglaterra, con qué fin se emplean sus sueldos por semana. Seguramente que es para helarse la sangre en las venas de un cristiano el pensar en la presunción sacrilega de una sociedad que así se atreve á burlarse de la revelación del Todopoderoso, y que tiene la osadía de presentar á las naciones paganas, y de ofrecer á la credulidad de los que la sostienen, estos ejercicios de niños de escuela, como la palabra sagrada de Dios (1).»

La asombrosa multitud de Biblias repartidas no ha operado ninguna conversión. «No tenemos ninguna prueba, dice un misionero anglicano, de que los millares de libros echados entre el pueblo hayan convertido á un solo chino» (2).

A todo lo dicho sobre las obras del protestantismo podríamos añadir su esterilidad no ménos vergonzosa en las obras de caridad. El protestantismo no conoce esta virtud divina, pues carece de la abnegación, del desinterés y del heroísmo necesarios para practicarla. Enemigo como es de instituciones, no tiene esas admirables Hermanas de la caridad, esos Hermanos de la doctrina cristiana, esas conferencias de San Vicente de Paul y mil otras instituciones del Catolicismo que se dedican al alivio de todas las miserias de la humanidad. Si alguna vez ha tratado de imitar á la Iglesia católica, sus esfuerzos han sido vanos, pues la caridad es hija del Cielo y no se logra por derramar mucho dinero. Esta virtud divina, semejante á esas flores que de-

(1) Véase Wisseman, obra cit., secc. 5.^a, núm. 1.—De Maistre, *Soirés de S. Petesbourg*, soir 11.—Milner, *Cartas á un prebendado*, Carta 30.

(2) *Paral.* II, cuaderno 2.^o, pág. 81.

generan cuando son trasplantadas á otras latitudes, ha degenerado en el protestantismo á ese sistema de la llamada *caridad oficial*, y á los áridos socorros de la *filantropía*, que es una caridad de oropel. Es un hecho bien conocido que desde el origen de la *Reforma* se hizo más infeliz cada vez la suerte de las clases menesterosas, en todas las naciones que la abrazaron, á consecuencia de la abolición de las comunidades religiosas y de la inhumana supresión de los hospitales, llevada á cabo por Enrique VIII. Para disminuir el número de los pobres se les perseguía como á bandidos y se les ahorcaba, se les infamaba, ó se les mutilaba solo por el delito de no tener pan. Luégo se impuso la tasa, de los pobres, que en el mero hecho de ser obligatoria deja de merecer el nombre de caridad. El pauperismo aumenta cada día, á pesar de todos los esfuerzos que se hacen por contenerlo.

No negaremos que en los países protestantes hay grandiosos establecimientos de beneficencia; pero sí afirmaremos con un escritor moderno que en ellos hay de todo ménos *amor*. Además, se deben al espíritu del Catolicismo, que los creó en los siglos anteriores, cuando el mundo no pensaba en ellos todavía. «No es lo mismo, dice Balmes, fundar y sostener un establecimiento de esta clase cuando ya existen otros del mismo género, cuando los Gobiernos tienen á la mano inmensos recursos, que plantear un gran número de ellos cuando no hay tipos á qué referirse, cuando se han de improvisar los recursos de mil maneras diferentes, cuando el poder público no tiene ni prestigio ni fuerza para mantener á raya las pasiones violentas, que se esfuerzan en apoderarse de todo lo que les ofrece algún cebo. Lo primero se ha hecho en los tiempos modernos desde la existencia del protestantismo; lo segundo lo había hecho siglos ántes la Iglesia católica. Y nótese bien que lo que se ha realizado en los países protestantes á favor de la beneficencia, no ha sido más que actos administrativos de gobierno, actos que necesariamente debía inspirarle la vista de los buenos resultados que hasta entónces habían producido semejantes establecimientos. Pero el protestan-

tismo en sí, y considerado como Iglesia separada, nada ha hecho» (1).

Hé aquí, pues, el protestantismo en la triste nulidad de sus influencias. No puede citarse de él ninguna obra grande, ninguna obra durable á no ser las ruinas que ha causado. Impotente para edificar, ha destruido. *Por los frutos se conoce el árbol*, según nos enseñó Jesucristo.

§ IV.—*El protestantismo considerado en sus hombres.*

Al tratar este punto, no revolveremos el cieno de los vicios que tuvieron los fundadores del protestantismo, pues son bien conocidos de todos, y, por otra parte, ellos mismos se encargaron de manifestarnos sus propias torpezas, echándose las en cara mutuamente. Los hombres que traían la soberbia pretension de reformar la Iglesia, parece regular que debían haber sido irrepreensibles, ó á lo ménos haber empezado por reformarse á sí mismos. Pero lo contrario fué lo que sucedió, pues todos ellos, sin excepcion alguna, se abandonaron á los más escandalosos excesos.

Lascivos, viciosos, soberbios, intolerantes, indecentes en sus palabras y modales, llenaron al mundo de sus escándalos y vicios. Esto jamás se han atrevido á negarlo los mismos protestantes, pues consta en los libros mismos de sus primeros apóstoles, y convienen en ello todos los historiadores. La reforma se compuso en su origen de frailes apóstatas y corrompidos, para quienes eran insoportables el celibato y la obediencia, los cuales se apresuraron á realizar enlaces sacrílegos: de doctores complacientes con todas las flaquezas de los grandes; de nobles arruinados por sus vicios que quisieron apoderarse de los bienes de la Iglesia, y de príncipes ambiciosos que codiciaron lo mismo, y además emanciparse de la autoridad del emperador. No hay uno solo de los fundadores ó fautores del protestantismo, que merezca el nombre de virtuoso, ni aún de hombre

(1) *El Protestantismo comparado*, etc., cap. 33.

honrado. Si esto parece exagerado, no es culpa nuestra: la historia imparcial lo asegura.

La corrupcion se extendió á cuantos abrazaron la reforma, nobles ó plebeyos, doctos ó ignorantes. Lutero, Calvino, Melancton, Bucero y otros aseguraban ya en su tiempo que sus sectarios eran más corrompidos que los papistas. «El mundo, dice Lutero, empeora cada dia y se hace más malo. Los hombres son ahora más vengativos, más avaros, desnudos de toda misericordia, ménos modestos y más incorregibles: en fin, más malos que en el papismo.» Calvino se lamentaba de que entre los suyos, «apenas una décima parte había abrazado la reforma con otro objeto que entregarse á todo género de libertinaje.» Por lo cual decía con razon Erasmo: «Si á consecuencia de la doctrina de Lutero, el esposo hubiera conocido que su mujer se había hecho más honesta, más casta, más retirada: si el amo hubiera hallado á sus domésticos más fieles y más obedientes; el vecino á sus obreros, á sus sastres, á sus zapateros, á sus artistas ménos ladrones; el empresario á sus artesanos más aplicados á su tarea; el comprador á sus proveedores más sinceros y más honrados; el acreedor á sus deudores con mejor conciencia, y los deudores á sus acreedores más humanos; en fin, si los ciudadanos se mostrasen más sumisos á la autoridad, los amigos más constantes, los escolares más estudiosos, desde luégo los hombres de buena fe podrian persuadirse que la reforma había sido un beneficio para la humanidad... pero, ¿qué deberán pensar, cuando ven que los hombres son cada dia más perversos, más impíos, más desvergonzados, y que en lugar de pecar ménos, pecan con más impunidad?»

Tales fueron los hombres del protestantismo desde sus primeros tiempos. ¿Qué religion es ésta, dice un escritor moderno, que en sus primeros dias, que debieron ser naturalmente los de más fervor, y en sus primeros héroes, en los cuales debemos buscar la más cabal personificacion de su espíritu, ofrece tan repugnante espectáculo?

En vano se buscarán en los hombres de la reforma aquellos anacoretas que llenaron de admiracion á su siglo,

aquellas vírgenes que en medio de la corrupcion pagana formaban, segun la expresion de San Ambrosio, el *pueblo del pudor*, aquellos mártires que derramaron por su fe hasta la última gota de su sangre, y aquellos santos que hacían profesion de practicar las virtudes más sublimes y más opuestas á las inclinaciones del corazon. El protestantismo no puede presentar ninguno de esos caracteres admirables, que forman la corona de la Iglesia católica.

Hemos dicho repetidas veces que los protestantes son siempre mejores que su doctrina, y cuanto más se medita sobre esta idea, se encuentra más verdadera. Cuanto más fielmente se siga la doctrina del protestantismo, son más viciosos sus hombres; y, por el contrario, cuanto éstos son más virtuosos, se hallan más apartados de su secta y más próximos al Catolicismo. El mayor golpe que se puede dar al protestantismo, es hacer constar este hecho.

Esto por lo que hace á la moralidad. En cuanto á las ciencias, no negaremos que ha habido entre los protestantes muchos hombres notables por su saber, como los hay entre los incrédulos y aún entre los ateos. Hay que tener en cuenta que la religion no destruye el talento natural de los que la profesan, si bien puede influir más ó ménos en sus progresos. Antes de que apareciera el protestantismo había ya echado la Iglesia católica los cimientos de la verdadera filosofía, de los cuales se aprovecharon los hombres ilustres que bajo este concepto han tenido las sectas; y, por lo tanto, ellos se formaron bajo la influencia de las ideas católicas.

Pero es indudable que el protestantismo apaga el génio. Concretándonos á la oratoria, parece regular que una secta que hace consistir todo el ser y sustancia de su culto en la predicacion, dice el escritor citado, debiera ofrecer en la historia de las letras sagradas monumentos de gran valía, como los ofrece el púlpito católico de todas las naciones. Pero esa predicacion, que contradice abiertamente la teoría del libre exámen y de la inspiracion individual, gha legado acaso á la admiracion de los siglos cuaresmas como las de Bourdaloue y Massillon, oraciones fúnebres como

las de Bossuet, brillantes y persuasivas improvisaciones como las de nuestros Avilas y Granadas, conferencias filosófico-teológicas como las de nuestros esclarecidos contemporáneos de Nuestra Señora de París? ¿Qué causa, pues, condena á la esterilidad á los ingénios protestantes? ¿Cuál puede ser sino el mismo espíritu helado de esa secta que nada le dice al corazon, ni aún á los ojos, cortando, de consiguiente, el vuelo á la imaginacion y al sentimiento, para que no puedan espaciarse jamás en las regiones de la verdadera elocuencia?

El protestantismo, que no tiene comunidades religiosas, solo es capaz de hacer esfuerzos solitarios, y nunca ha producido ni podrá llevar á cabo las colosales empresas científicas de los Benédictinos y Jesuitas. Nunca puede tener teólogos, haciendo como hace alarde de despreciar á los Santos Padres y las otras fuentes de la tradicion. No puede tener jurisconsultos é historiadores dignos de este nombre, habiendo de inspirarse en los principios corrompidos de sus maestros. Sus filósofos son racionalistas, y sus doctores excépticos ó incrédulos, como ya lo hemos demostrado. Nada decimos de su clero, casado y secularizado, y, por lo tanto, imposibilitado para los grandes sacrificios, adelantos científicos, obras de caridad y empresas heroicas que hemos admirado en el Clero católico.

De manera que el protestantismo es incapaz por sí mismo de producir hombres distinguidos, y si tiene algunos génios aislados, se parecen á esas flores endebles que por un capricho de la naturaleza crecen solitarias en una pradera árida. Mas éstos no deben su grandeza al protestantismo, sino que, á pesar de él, la adquieren, haciéndose superiores á su mezquina religion.

La prueba de esto es que los hombres que por algun título han adquirido una justa celebridad, abandonando el protestantismo que los vió nacer, y cuya falsedad conocen, pasan con sus laureles al campo católico, y se convierten en los más decididos campeones de éste. Notable fenómeno es este que se reproduce tambien entre los incrédulos y judíos, siendo un testimonio de que la ciencia sólida derra-

ma una viva claridad sobre la verdad del Catolicismo, y conduce á él como por la mano. Estos hombres que una vez han aspirado el ambiente de la verdad, se encuentran en el protestantismo violentos y como fuera de su centro, y se apresuran á venir adonde sus estudios y la gracia divina les han convencido que aquélla se encuentra: la Iglesia católica.

Entre la gloriosa lista que podríamos presentar descuellan, concretándonos á los más modernos, el conde de Stolberg, historiador distinguido, el presidente Huster, Laval, Haller, Chilligworth, el célebre literato Werner, discípulo de Kant y elevado á las primeras dignidades de su secta, á las cuales tuvo que renunciar con ella; Owerberk, ilustre jefe de la moderna escuela de pintura cristiana; Schelegel, el profundo crítico, el gran investigador de los monumentos literarios de la Edad Media, al cual siguieron otros sábios alemanes como Clemente Brentano; el baron de Eckstein, Gorres, y el por tantos titulos célebre filósofo y poeta Adam Muller. La universidad de Oxford ha presenciado las conversiones de Ward, Takeley, Morris, Brown y el insigne Faber, cuyas obras místicas son actualmente la delicia de todas las almas piadosas del Catolicismo. Newman ha dado con su conversion más gloria á Dios y más consuelos á la Iglesia, cuanto más lustre diera ántes á la citada universidad, de la cual era una de las principales lumbreras. Siguiéronle Spencer, Pollen, Capes y Manning, el antiguo enemigo nuestro, hoy Arzobispo primado de la Iglesia católica de Inglaterra, heredero dignísimo del inclito Wisseman. Y si quisiéramos recorrer la crónica moderna de los Estados Norte-americanos, sin descender á una enumeracion de las conversiones oscuras, que de ellas está llena la estadística, con solo citar nombres conocidos nos haríamos interminables» (1).

Y al mismo tiempo que se observa que lo mejor y más ilustre de los hombres del protestantismo se acercan á la

(1) Folleto citado, pág. 70.

Iglesia católica, se observa tambien que lo peor y más corrompido de los católicos se pasan al protestantismo, y son recibidos con los brazos abiertos. Los que reflexionen con imparcialidad sobre estos hechos no podrán ménos de convenir en que son la más acerba censura del protestantismo y su más afrentosa condenacion.

No decimos por esto que todos los protestantes se resienten del vicio de su religion; al contrario, reconocemos que personalmente valen mucho más que el protestantismo, así como los católicos, áun los mejores, valen ménos que el Catolicismo. Lo que decimos, es que los protestantes son tanto peores cuanto más fielmente observan las máximas de su religion, y que solo comienzan á ser buenos cuando las infringen.

§ V.—*El protestantismo considerado en sus luchas.*

Las luchas del protestantismo han sido siempre brutales ó péfidas, ó se ha impuesto por la violencia ó se ha insinuado por la calumnia y el sofisma. Ellas son la expresion más fiel de su carácter soberbio y rebelde, al mismo tiempo que impostor é insidioso.

Poco diremos de su intolerancia, pues es harto conocida de todos. «Los hechos, en esta parte, son tan patentes, diremos con Augusto Nicolás, que no tenemos necesidad de ir á buscar su testimonio en otras fuentes que en las del propio protestantismo.»

«Es incontestable, dice Jurieu, que la reforma se obró por el poder de los principes... Los poderes del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad á los partidarios de la reforma, sino que llegaron hasta quitar á los papistas sus Iglesias, y á prohibirles todo ejercicio público de su religion. Aún mucho más; el Senado prohibió en ciertas localidades el ejercicio secreto del culto católico (1).

El historiador protestante Menzel, despues de haber re-

(1) Citado por Abzog., *Hist. Eccles.*, tom. IV, pág. 76.

ferido las brutales violencias por las cuales el luteranismo señaló su aparición en la Silesia, añade: «No tardó en triunfar en toda la provincia y con él un extremo rigor con respecto á los católicos; porque donde reinaba el protestantismo, reinaba la intolerancia; mientras que en los Estados hereditarios del emperador, en Austria, en Bohemia, en las regiones comarcanas, los protestantes gozaban de los derechos civiles y eclesiásticos, y hasta habían llegado en una parte considerable de la Silesia á reinar solos» (1).

¡Qué idea de intolerancia y de caprichosa crueldad no despierta el solo nombre de Enrique VIII, de ese fundador del protestantismo anglicano, que hubiera merecido figurar en la lista de los emperadores romanos, entre Tiberio y Calígula, y que introdujo por este medio la reforma en Inglaterra! (2) «Yo quisiera borrar de nuestros anales, si fuese posible, dice un escritor inglés protestante, cada rastro de la larga serie de iniquidades que acompañaron la reforma en Inglaterra. La injusticia y la opresión, la rapiña, el sacrilegio y el asesinato quedan en ella consignados. Tales fueron los medios por los cuales el tirano sanguinario é inexorable, el fundador de nuestra creencia, instaló su supremacía en su nueva iglesia; y todos cuantos quisieron conservar la religion de sus padres y mantenerse adictos á la autoridad que él mismo les había enseñado á respetar, fueron tratados como rebeldes y no tardaron en ser sus víctimas» (3).

Por los mismos medios, Cristiano II, justamente llamado el Neron del Norte, Gustavo Wasa y Alberto de Prusia, introdujeron el protestantismo en sus Estados.

Las poblaciones católicas no en todas partes se dejaron poner el yugo de la intolerancia, y la resistencia que opusieron, la lucha que sostuvieron para conservar la liber-

(1) Menzel, *Nueva historia de los alemanes*, tomo V, página 244.

(2) Su hija y sucesora Isabel es llamada por Mad. Stael *el Tiberio hembra*.

(3) Fitz-William, *Cartas de Arico*, pág. 114.

tad de su fe, fué la causa de las guerras de religion, en especial de la célebre guerra de los treinta años en Alemania, que fué la guerra de la libertad de conciencia contra la expoliación de todos los bienes y de todos los derechos.

Donde quiera que prevaleció el protestantismo, es decir, en la mitad de Europa, se mostró intolerante de toda libertad católica, provocador y agresivo, derribando Iglesias y Conventos, persiguiendo á los Sacerdotes y derramando á torrentes la sangre de los católicos. ¿Cuál ha sido la suerte de los católicos en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en esta nacion mártir, sobre todo, en la cual ha sido siempre una verdad el decir que *no hay leyes para los católicos*? ¿Cuál es la mezquina existencia católica que haya sido tolerada en los países protestantes, que haya sido admitida al libre ejercicio de su fe y que no lo haya pagado por el entredicho de sus derechos civiles y políticos? Los católicos del Reino Unido han estado siempre oprimidos bajo el yugo de la tiranía más ominosa, y apenas en nuestros días han conseguido una apariencia de emancipación. Donde quiera que domina el protestantismo, decía el *Diario de Bruselas*, los católicos son todavía oprimidos, ó bien si han podido conquistar algunas de las libertades y garantías á que tienen derecho, están condenados, sin embargo, á permanecer en una condicion inferior. Tan presto son excluidos de los destinos públicos como les está cerrado el acceso á las administraciones y á los cuerpos deliberantes, y con más frecuencia aún deben sufrir toda suerte de privaciones» (1).

Cuando el protestantismo es poderoso, se manifiesta cruel y sanguinario, y se impone por la violencia y la tiranía (2);

(1) Aug. Nicolás, *Del Protestantismo, etc.*, lib. III, cap. 2.º

(2) «El suplicio de Servet, quemado vivo por orden de Calvino, es el solo que se cita ordinariamente en prueba de la intolerancia protestante; mas, ¿cuántos otros ejemplos podrían citarse! Así, el médico Bolsec, desterrado; el Consejero Ameaux, sepultado en una cárcel; Jacobo Grunet, ejecutado; Gentilis, condenado á muerte por solo haber puesto en cuestion la ortodoxia de Calvino; el predicador Nicolás Antoni, quemado vivo por causa del judaismo;